

ENRIQUE IV DE CASTILLA

CAUTIVO
DEL OLVIDO Y
EL RELATO

EL ANSIA POR SALVAGUARDAR LA LEGITIMIDAD DE ISABEL LA CATÓLICA Y LA VERSIÓN OFICIAL DE LA HISTORIA MODERNA DE ESPAÑA HAN CONSTITUIDO LOS GRILLETES QUE NO HAN PERMITIDO LIBERAR AL MONARCA CASTELLANO, NACIDO HACE SEIS SIGLOS, DEL CAUTIVERIO DE OLVIDO AL QUE HAN ESTADO SOMETIDOS SU VIDA Y LEGADO, REFLEXIONA **JUAN AYRES JANEIRO**

Se cumplen en 2025 seiscientos años del nacimiento del que todavía es considerado último monarca medieval de la Península, Enrique IV. Cualquier intento de recuperación de su figura durante las últimas décadas ha sido baldío ante la inevitable anteposición con la figura de su hermanastra, la todopoderosa Isabel la Católica, dando la sensación de que el ensalzamiento de la media naranja de Fernando de Aragón precisa de la anulación de la persona de Enrique IV para mantener el aura de immaculada trascendencia histórica de los monarcas católicos.

A lo largo de la historia de la humanidad, son varios los casos de condenas *post mortem* de personajes caídos en desgracia que han supuesto la desaparición de todo vestigio y patrimonio del susodicho. Los romanos empleaban para ello el término *damnatio*

memoriae, y entre la lista de beneficiarios de tan socorrida práctica podemos encontrar a personalidades de la trascendencia de Akenatón o Lenin, pasando por Hatshepsut, Filipo de Macedonia, Nerón, Trotski o, incluso más recientemente, Cristóbal Colón, que ha entrado entre los personajes de relevancia histórica que han visto sus estatuas derribadas.

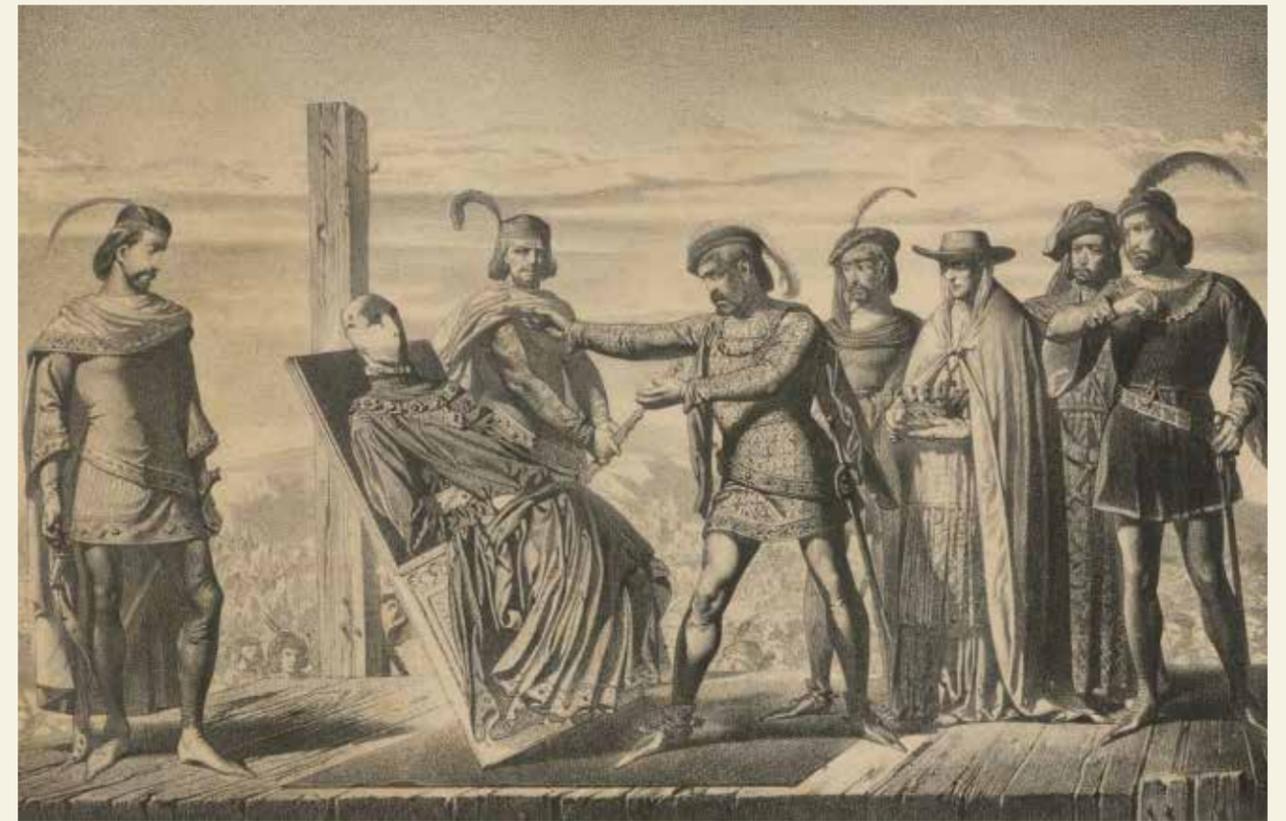
¿Cuáles han sido los méritos de Enrique IV para formar parte de tan ilustre club de “condenados a la memoria”? Sin duda, su candidatura la conforman algunas de sus decisiones equivocadas al frente del reino de Castilla, tales como tratar de generar adhesiones a su persona a costa de donaciones de rentas y títulos, eludir la guerra civil a costa de acuerdos que distanciaban a su hija Juana de la sucesión directa, o rechazar la firma de la Sentencia de Medina del Campo, que le legitimaba y le liberaba de las malas influencias. Sin duda, estas equivocaciones venían motivadas por su manera de priorizar entre los placeres y las cargas que suponía reinar. No hay que olvidar que

en una corte multicultural en la que prevaleció el cultivo de las artes, el monarca acuñó la expresión “agridulce es reinar” a través de la utilización de una fruta que todavía permanece como parte del escudo de la bandera nacional española, la granada.

Si bien esta granada pudiera constituir perfectamente el equivalente a la manzana del pecado original bíblico, en este caso la serpiente queda interpretada por una nobleza cortesana que llevaba varias décadas alimentándose de una monarquía que ya desde los tiempos de su padre, Juan II, cedía a la tentación de los placeres frente a las responsabilidades del gobierno.

EL RELATO... El empujón final para que Enrique IV se constituya como un auténtico cautivo del olvido, lo conforman dos factores independientes, ambos trascendentales para la memoria histórica: el relato y el infortunio.

En lo referente al relato, de rabiosa actualidad en la política de nuestros días con las *fake news* como punta de lanza, nos encontramos con un entorno



Recreación decimonónica de LA FARSA DE ÁVILA, en la que Enrique IV, representado por un monigote, fue depuesto por sus detractores el 5 de junio de 1465.

familiar ambicioso y determinado que no solo no hace ascos a las obligaciones de gobernar que tanto abruma a Enrique, sino que además lo ambiciona y no ve en la calumnia o el posible envenenamiento impedimento ético alguno. Sin pretender analizar la veracidad o parcialidad de la crónica medieval del periodo, sí que resulta interesante dejar constancia de una serie de hechos históricos sobre cuya veracidad parece

que una de las primeras medidas de gobierno de los Reyes Católicos consistiera en el confinamiento domiciliario del cronista oficial de Enrique IV y en la reescritura de las crónicas de su reinado. El tercero, que las muertes en la corte por posible envenenamiento favorecieron fundamentalmente a los futuros Reyes Católicos, empezando por el propio Enrique IV, su esposa Juana de Portugal e, incluso, Juan Pacheco o

derivó en que, años más tarde, ella le designase como heredero único de Navarra frente a su padre y hermana. A él, sin embargo, aquel divorcio le supuso fundamentalmente el apodo de “impotente”, que le acompañaría durante toda su vida y hasta nuestros días. El quinto hecho histórico, sus dificultades para poder mantener relaciones sexuales con normalidad, parece ser que por problemas derivados de la consanguinidad de la dinastía Trastámara, fueron afrontadas por Enrique IV buscando soluciones en el campo de la medicina, habiéndose dado lugar a la que

UNA DE LAS PRIMERAS MEDIDAS DE LOS REYES CATÓLICOS FUE EL CONFINAMIENTO DOMICILIARIO DEL CRONISTA OFICIAL DE ENRIQUE IV Y LA REESCRITURA DE LAS CRÓNICAS DE SU REINADO

que no se plantean dudas y que, sin embargo, arrojan sombras sobre el relato oficial que ha llegado hasta nuestros días. El primero de ellos, su linaje: hijo de primos hermanos enfrentados por cuestiones familiares de poder, el futuro Enrique IV fue separado de su madre a los cinco años y se crio alejado de sus padres y de la alta nobleza, rodeado de sirvientes a los que con el tiempo trató de promocionar. El segun-

do, que una de las primeras medidas de gobierno de los Reyes Católicos consistiera en el confinamiento domiciliario del cronista oficial de Enrique IV y en la reescritura de las crónicas de su reinado. El tercero, que las muertes en la corte por posible envenenamiento favorecieron fundamentalmente a los futuros Reyes Católicos, empezando por el propio Enrique IV, su esposa Juana de Portugal e, incluso, Juan Pacheco o

probablemente fuera la primera inseminación artificial en humanos de la historia. El sexto, que la paternidad de Juana de Castilla fuera puesta en entredicho desde un principio y atribuida a su valido don Beltrán de la Cueva. Este hecho fue siempre negado por el rey y por su valido, el cual acabaría incluso luchando en el bando de Isabel de Castilla en la guerra civil que se plantearía entre ambas candidatas a suceder ➔

JUAN AYRES JANEIRO,
PRESIDENTE DE LA ASOCIACIÓN
CAMINO DEL ASOMBRO.

➔ a Enrique IV. El séptimo, que en su testamento Isabel la Católica hizo dos referencias significativas al monasterio de San Antonio el Real, fundado por su medio hermano Enrique IV tras su boda con Juana de Portugal sobre su pabellón de caza de El Campillo, en el que había pasado su juventud y en el que había dejado previsto ser enterrado al fallecer. En concreto, la reina pedía que se utilizase como segundo emplazamiento provisional de su entierro hasta que estuviese preparada la catedral de Granada. Asimismo, Isabel dejaba en prenda para el monasterio una de sus reliquias más queridas, un centímetro cuadrado de la saya de Jesucristo. El octavo, que el testamento de Enrique IV no se hizo nunca público, y parece ser que, una vez localizado, fue leído y quemado por Fernando el Católico, que, además, tras enviudar de Isabel, le hizo una propuesta de matrimonio a Juana de Castilla.



Retrato idealizado del REY, vestido con armadura bajo la túnica azul y tocado con corona, realizado en la segunda mitad del siglo XVII por Alonso del Arco.

... Y EL INFORTUNIO. En lo referente al infortunio, y pese a tratarse de datos que no dejan de ser anecdóticos, la verdad es que Enrique IV sigue siendo cautivo del olvido en el siglo XXI, después de haber acontecido hechos tan sorprendentes como que el sarcófago

la necesidad de recuperar su memoria como lo dañino de su entorno en la corte. Pese a ello, una vez finalizadas las obras de la capilla mayor, se volvió a dar sepultura al cuerpo y su recuerdo

contraba ya despojado de elementos suntuosos, espada incluida. Se negó a Gregorio Marañón la posibilidad de hacer una autopsia en su laboratorio que permitiese determinar la causa de su muerte. Igualmente, los restos de Juana de Castilla recibieron sepultura en el monasterio lisboeta de Santa Clara, pero su pista se pierde, supuestamente, durante el terremoto de Lisboa de 1755, desapareciendo con ellos la posibilidad de realizar cualquier tipo de prueba genética de paternidad.

Esta serie de infortunios se ve ligeramente compensada cuando, en 2024, la Federación Castellana de Monjas Clarisas decide, una vez abandonada la vida contemplativa en el monasterio de San Antonio el Real en Segovia por la comunidad que había permanecido ininterrumpidamente en su interior desde su fundación, habilitar la posibilidad a que una asociación sin ánimo de lucro llamada Camino del Asombro firme una cesión de uso del monasterio, que

permitirá abrir las puertas a los estudiosos y visitantes en 2025 de uno de los lugares más queridos por Enrique IV, coincidiendo con el seiscientos aniversario de su nacimiento.

LOS RESTOS DE SU HIJA JUANA DE CASTILLA SE PERDIERON DURANTE EL TERREMOTO DE LISBOA DE 1755, IMPIDIENDO REALIZAR HOY UNA PRUEBA GENÉTICA DE PATERNIDAD

del monarca fuera hallado en 1617 en Santa María de Guadalupe (Cáceres) con motivo de las obras de la capilla mayor. Su descubrimiento fue muy sonado, al encontrarse incorrupto el cuerpo del monarca y atribuírsele santidad. Ciento cuarenta y tres años después de su muerte se reconocía tanto

volvería a caer en el olvido hasta trescientos veintiocho años después. El segundo redescubrimiento de los restos de Enrique IV acontece, de manera casual, en 1945, durante la dictadura del régimen franquista, empeñado en ensalzar a los Reyes Católicos como emblema patriótico. El cuerpo se en-

El ansia por salvaguardar la legitimidad de Isabel la Católica y la versión oficial de la historia moderna de España han constituido, hasta hoy,

los grilletes que no han permitido liberar a Enrique IV del olvido al que han estado sometidos su legado y su vida, que se inició una gélida noche del 5 de enero de 1425, en la que, tras un parto con complicaciones, el llanto de un recién nacido desgarró el silencio de la Casa de las Aldabas. ■

LA FARSA DE ÁVILA

DESTRONAMIENTO
FICTICIO Y GUERRA

EL 5 DE JUNIO DE 1465, HACE 560 AÑOS, UN GRUPO DE NOBLES, RELIGIOSOS Y DETRACTORES DE ENRIQUE IV CELEBRÓ EN ÁVILA UNA CEREMONIA PÚBLICA PARA DEPONER AL MONARCA, REPRESENTADO SIMBÓLICAMENTE POR UN MUÑECO AL QUE DESPOJARON DE SUS ATRIBUTOS REALES, Y ENTRONIZAR A SU MEDIO HERMANO, EL INFANTE ALFONSO DE CASTILLA. **ALICIA VALLINA VALLINA** DESGRANA LOS ANTECEDENTES DEL EPISODIO Y LAS CONSECUENCIAS DEL ENFRENTAMIENTO SUCESORIO QUE SE DESATÓ CON LOS PARTIDARIOS DEL REY

El sol golpea implacable sobre las murallas de Ávila. Es 5 de junio de 1465. Son cientos las voces que se escuchan clamando justicia para el infante Alfonso, a quien todos los allí presentes no dudan en considerar el legítimo rey de Castilla. Por eso, encabezados por el poderoso arzobispo de Toledo, también de nombre Alfonso y de ilustres apellidos Carrillo de Acuña, un buen número de nobles castellanos y de detractores del vigente rey, Enrique IV, se han reunido para representar una farsa: el destronamiento ficticio del monarca en aras de proclamar rey a su medio hermano, apodado por la historia Alfonso el Inocente.

Pero esto no era más que una escenificada consecuencia de las luchas intestinas que se estaban produciendo en el reino de Castilla, quizá debido a una monarquía titubeante en ocasiones, conciliadora



ALICIA VALLINA VALLINA.
HISTORIADORA.



Retrato de **ENRIQUE IV** aparecido en la obra *Itinerarium*, del viajero alemán Jörg von Echingen.

en otras, y siempre amenazada por intereses políticos.

Ajusticiado Álvaro de Luna, valido del anterior rey, Juan II, en 1453, y muerto este apenas un año después, la corona recayó en los hombros de su primogénito Enrique, nacido del ma-

trimonio del rey con su primera esposa, María de Aragón. El nuevo monarca, aconsejado por Carrillo de Acuña, convirtió al marqués de Villena, Juan Pacheco –sobrino a su vez del religioso–, en su más relevante persona de confianza, otorgándole un poder inusitado y convirtiéndole, así, en uno de los más influyentes y peligrosos hombres de la corte. Tanta era su influencia que terminó por desafiar al propio rey Enrique y este, siendo consciente de lo insostenible de la situación, terminó por buscarse nuevos aliados, entre los que se encontraba Beltrán de la Cueva, a quien comenzó a conceder favores y posesiones. Como no podía ser de otro modo, esto despertó las envidias y recelos de quienes anteriormente gozaron de la confianza de Enrique, así que comenzaron a levantar calumnias contra el nuevo hombre del monarca y contra el mismo rey. A Beltrán se le empezó a relacionar, sentimentalmente hablando, con la reina Juana de Portugal, y a Enrique, a tacharlo de homosexual e impotente al no poder concebir un heredero tras varios años de ma- ➤➤➤

► trimonio. Por eso, cuando la reina finalmente se quedó embarazada, nadie en la corte dudó de que el afortunado padre no era otro que el propio Beltrán de la Cueva. Así que, a la infanta recién nacida y heredera a la corona castellana, todos la apodaron “la Beltraneja”, triste denominación para una reina que firmó hasta su muerte como tal, aunque en el trono de Castilla se sentara su tía Isabel la Católica.

En definitiva, con estas mimbres y así la corte, el marqués de Villena, su tío el arzobispo toledano, los de Sevilla y Santiago, los condes de Plasencia, de Benavente, de Alba y de Paredes de Nava —este no era otro que el padre del poeta Jorge Manrique— y algunos nombres importantes de la nobleza castellana, todos ellos enfrentados al rey Enrique, le amenazaron con deponerle del trono si no cambiaba sus alianzas y amistades.

NEGOCIACIONES INFRUCTUOSAS. Las negociaciones resultaron de todo punto infructuosas, así que el rey fue destronado por sus enemigos, primero en Plasencia en abril de 1465, y el 5 de junio en Ávila. Aquí llegaron a



Retrato del arzobispo **ALFONSO CARRILLO DE ACUÑA**, consejero de Enrique IV, en la sala capitular de la catedral de Toledo.

montar un cadalso sobre el que colocaron una silla en la que descansaba el mismísimo rey de Castilla, Enrique IV, personificado en forma de pelele, un muñeco con corona, cetro y estoque, del que el pueblo se movía al grito de “¡El rey ha muerto!”, mientras todos los allí presentes llovaban con sarcasmo al finado.

Cuentan las crónicas que, tras realizar una lectura exhaustiva de la lista de agravios en los que había caído el monarca, el propio arzobispo de Toledo se subió al estrado y le quitó la corona al títere, pues este carecía ya de cualquier dignidad real. Parece ser que fue el conde de Benavente quien le despojó del cetro, símbolo del poder para gobernar, y que el de Plasencia le retiró el estoque con el que administraba justicia. Desposeído el ficticio rey Enrique de sus atributos como gobernante de Castilla, todos insultaron al fanteoche increpándole con dureza. Después el monarca y ya en el suelo la marioneta, una nueva vino a sustituirla. Era Alfonso el Inocente, a quien ahora el vulgo reconocía como soberano bajo la unánime aclamación de la nobleza y el clero allí congregados. “¡Viva el rey!”, gritaron entusiasmados entre vítores y desorbitado júbilo. La alegría era contagiosa y el nuevo rey, que entre sus partidarios gobernó bajo el nombre de Alfonso XII, ya había alcanzado el trono.

Pero lejos de traer prosperidad y paz al reino, aparte de los presentes, pocos fueron en Castilla quienes no se mantuvieron fieles a Enrique. Esto terminó por desatar una guerra civil por la sucesión al trono que, fallecido Alfonso en 1468 en circunstancias cuando menos dudosas —unos dicen que murió como consecuencia de una epidemia de peste, otros que fue envenenado—, continuó en la figura de la medio hermana de Enrique, quien terminaría reinando como Isabel la Católica. Esta, unificadora de todos los reinos peninsulares y artífice de la actual creación de la nación española, conquistadora del mundo más allá de nuestras fronteras, mecenas, coleccionista y visionaria, eclipsó por completo a todos los nombres anteriores, varones y mujeres, que le precedieron. El Imperio español comenzaba a forjarse.



JUAN PACHECO (izquierda), marqués de Villena, y **BELTRÁN DE LA CUEVA** (derecha). El primero acaparó tanto poder que terminó desafiando al rey, quien encontró en el segundo a un nuevo apoyo.

SU REFLEJO EN LA PINTURA



LA FARSA DE ÁVILA, recreada hacia 1881 por Antonio Pérez Rubio, en una obra que participó en la Exposición Nacional de Bellas Artes de ese año.

El arte no permaneció ajeno a la historia de la Farsa de Ávila, ni tampoco la pintura vinculada a este género, tan proclive a su desarrollo durante el siglo XIX. Así fue como el pintor madrileño Antonio Pérez Rubio, discípulo de Carlos Luis de Ribera, pintor de cámara de Isabel II, captó tan vil acontecimiento en una obra firmada en 1881, hoy propiedad del

Museo Nacional del Prado. En ella se suceden los hechos tal y como los hemos narrado a pesar de que, esta vez, el cielo se muestra encapotado y las nubes no dejan ver el sol. Mal augurio para Castilla, que comenzaba así un periodo de guerra fratricida que terminaría por entronizar a la futura Isabel la Católica. Y como testigo de todo aquello las silenciosas murallas de la ciudad de Ávila, una de las

que más habían defendido al joven Alfonso, que quiso reinar como el duodécimo de su nombre, y luego a su hermana Isabel. Del rey Enrique también la más importante pinacoteca española conserva un retrato imaginario (ver página 60) del pintor barroco Alonso del Arco fechado a mediados del siglo XVII. En él, el rey coronado se muestra estante, de cuerpo entero, bajo un denso

cortinaje encarnado y vestido con armadura y espada al cinto sobre la que destaca una túnica azul. Su mano derecha se apoya en la cabeza de un león que descansa su garra en el escudo de Castilla y León, rodeado este de granadas bajo el lema *Agro Dulce* (agri-dulce), en alusión a la complejidad que tiene reinar y a las guerras mantenidas contra la dinastía nazará. ■ A. V. V.

Pasados ya seis siglos desde el nacimiento del rey Enrique y quinientos sesenta años de la llamada Farsa de Ávila, la relación entre los hermanos aún sigue sin haberse esclarecido, y la historia no termina por descifrar definitivamente sus aristas. Los

recogieron este sonado y sarcástico episodio (ver recuadro de arriba).

Enrique, a pesar de los numerosos intentos de sus detractores, no pudo ser declarado hereje, aunque el marqués de Villena trató por todos los medios de que así fuera. Todo ello resultó

EL MARQUÉS DE VILLENA TRATÓ SIN ÉXITO DE DECLARAR HEREJE A ENRIQUE IV, ASÍ QUE NO LE QUEDÓ OTRO REMEDIO QUE ACUSARLE DE INCUMPLIR SUS DEBERES COMO REY

cronistas, al servicio siempre de uno u otro monarca, no despejan dudas y, si cabe, generan más controversia al apreciarse siempre en sus lecturas una exagerada parcialidad cortesana de la que aún hoy no nos hemos desprendido. Pero no solo las crónicas

en vano, ya que el monarca castellano siempre profesó especial simpatía y protección a judíos y musulmanes. Así que no le quedó otro remedio que acusarle de incumplimiento de sus deberes como rey. Tras aquella farsa, una mera representación teatral que nada

tenía de acto reglamentado y legalmente aceptable, Alfonso comenzaba un discutible reinado como monarca menor de edad, firmando documentos calumniosos para su hermano. Enrique, atendiendo a las críticas de sus detractores, había arruinado a labradores y a hidalgos, había atentado contra el cielo y contra Dios al entregar a su esposa, la reina Juana, a los brazos de Beltrán de la Cueva para lograr la tan ansiada sucesión al trono debido a su manifiesta impotencia, y solo la nobleza podía decidir ante tan extrema situación a quién otorgar la corona de Castilla. Además, los conspiradores siempre defendieron que la Santa Sede amparaba su causa y la del rey Al- ►

» fonso, algo que cronistas como Alfonso de Palencia niegan con rotundidad al señalar que el papa Paulo II siempre consideró a Enrique IV como legítimo monarca.

Repartidas las fuerzas entre ambos bandos, aún muchos esperaban ver de qué lado se inclinaba la balanza para adherirse a uno u otro. Enrique trató de hacerse fuerte y nombró como su sucesora a la infanta Juana. Sus adeptos aumentaron en las zonas de Jaén, Zamora, Salamanca, Madrid o Cuenca, especialmente al contar con el apoyo del papado. Las intrigas y los pactos continuarían sucediéndose, y aquella farsa que tuvo lugar a los pies de las murallas más insignes de España solo fue un detonante más de los muchos que contribuyeron a hacer saltar por los aires el reinado de Enrique IV.

UNA PAZ EFÍMERA. Tras el fallecimiento del joven Alfonso, Isabel se erigió definitivamente como candidata al trono de Castilla, acordando con su hermano, el 18 o 19 de septiembre de 1468, junto a los Toros de Guisando, su sucesión al trono a cambio de la sumisión al rey. El pacto al que llegaron pasaba por que Isabel debía contar con

la aprobación de Enrique si quería contraer matrimonio, con la idea, por parte del monarca, de casar a la Católica con Alfonso, rey de Portugal. Esto nunca llegó a producirse, pues Isabel



El rey ENRIQUE IV ENTRA EN SEGOVIA EN COMPAÑÍA DE SU HERMANA ISABEL, después de ser proclamada princesa de Asturias y, por tanto, heredera al trono de Castilla por el Tratado de los Toros de Guisando.

el rey Enrique falleció. Su testamento, curiosamente, nunca llegó a aparecer e Isabel se proclamó reina de Castilla con el apoyo de la Corona aragonesa. La infanta Juana apenas tenía doce

reconocía a Isabel como reina de Castilla y esta renunciaba a cualquier derecho que pudiera tener sobre la corona del país vecino por parte materna.

España comenzaría, a partir de entonces, su historia como imperio y Enrique su declive como monarca, sepultado por el peso del nombre de su hermana y por narraciones que solo

EL 12 DE DICIEMBRE DE 1474, EL REY ENRIQUE IV FALLECIÓ. SU TESTAMENTO NUNCA LLEGÓ A APARECER E ISABEL SE PROCLAMÓ REINA DE CASTILLA CON EL APOYO DE LA CORONA DE ARAGÓN

contrajo nupcias en secreto con Fernando de Aragón contra la voluntad de su hermano, lo que hizo que Enrique volviera a declarar a su hija Juana como heredera legítima al trono.

La guerra sucesoria se desató sin tregua. El 12 de diciembre de 1474,

años. Para lograr la ayuda de la Corona portuguesa, a esta la casaron con su tío, el rey Alfonso V —matrimonio anulado posteriormente por el papa—, pero, tras casi un año de cruenta guerra civil, el 4 de septiembre de 1479 se firmó la paz de Alcaçovas, por la que Portugal

amparan a los vencedores. Sin duda, un triste final para un hombre siempre rodeado de intrigas, difamadores y débil en la toma de decisiones, que ocupó el trono de Castilla durante veinte años y terminó por entregarlo a sus más acérrimos enemigos. ■

LOS DESCUBRIMIENTOS DEL CADÁVER

EL CUERPO INCORRUPTO DEL REY

ENRIQUE IV FUE ENTERRADO JUNTO A SU MADRE EN EL CACEREÑO MONASTERIO DE GUADALUPE, EL CENOBIO CASTELLANO MÁS FAMOSO Y RICO DE LA ÉPOCA, CON TELAS, ROPAS LUJOSAS Y OBJETOS DE SU TESORO HOY DESAPARECIDOS.

MARÍA TERESA CHICOTE POMPANIN DETALLA LOS PORMENORES DE LAS TRES OCASIONES EN LAS QUE SU CUERPO SE HA EXHUMADO Y ESTUDIADO

En enero de 1930, el reconocido doctor Gregorio Marañón, quien por aquel entonces tenía cuarenta y tres años y gozaba de una prestigiosa reputación tanto por su labor intelectual como por su trabajo médico, presentaba por primera vez ante el público madrileño sus investigaciones sobre el controvertido rey Enrique IV durante una conferencia organizada por la Real Academia de la Historia. La lección que ofreció debió de gustar al público, y a los pocos meses sus resultados se publicaron como libro, un texto donde Marañón analizaba las crónicas medievales para así identificar, siguiendo los dictados de la ciencia moderna, las enfermedades que posiblemente afectaron a la salud del monarca. Como el mismo autor afirmó, ese trabajo era meramente hipotético, pues “los médicos nos equivocamos tantas veces cuando los

enfermos están al alcance de nuestras investigaciones directas, que tiene mucho atrevimiento y pedantería el pretender acertar cuando nos sepa-



El CUERPO de Enrique IV estudiado por Gregorio Marañón y Manuel Gómez Moreno en 1946.

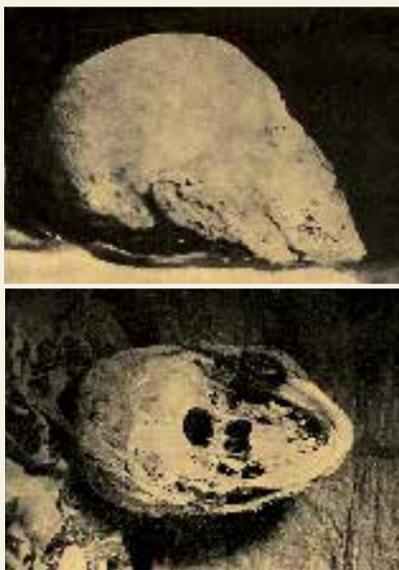
ra de ellos el abismo sin orillas de la eternidad”. Este proyecto, a pesar de su naturaleza meramente intelectual, no hizo más que abrir el apetito por el conocimiento sobre el cuerpo de ese rey supuestamente impotente y, pasados quince años, Gregorio Marañón recibió la noticia de que sus investigaciones podían centrarse en el análisis de los restos mortales del monarca, pues la Real Academia de la Historia había obtenido los permisos necesarios para que se analizaran en directo. Fue así que el 19 de octubre de 1946, Gregorio Marañón, acompañado por el arqueólogo Manuel Gómez Moreno y por el historiador Miguel Ángel Ortí Belmonte, dirigió sus pasos hacia el monasterio de Santa María de Guadalupe para analizar el cuerpo de Enrique IV y de su madre, la reina María de Aragón, quien reposaba junto a su hijo en el cenobio cacereño.

APERTURA DEL ATAÚD. Cuando la tapa del ataúd del rey se abrió ante los presentes, nadie podía imaginar que esa no iba a ser la primera ➤➤➤

MARÍA TERESA CHICOTE POMPANIN.
HISTORIADORA DEL ARTE,
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID.

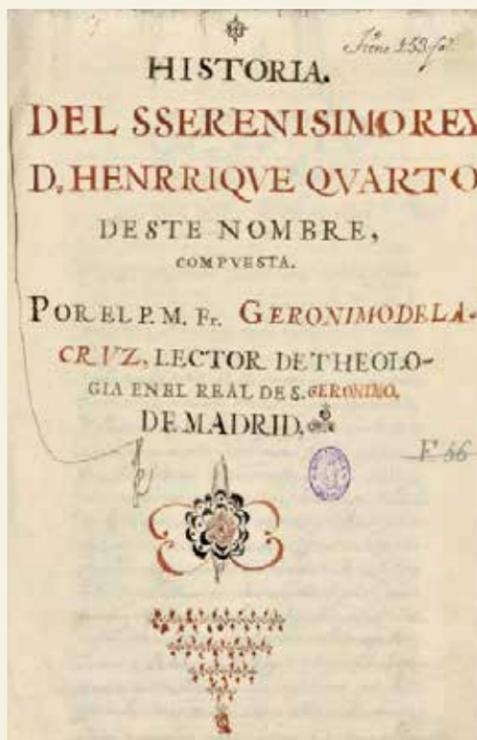
➔ vez que el cuerpo de Enrique IV salía de su tumba. Ni Gregorio Marañón ni Gómez Moreno sabían que siglos atrás otros ojos se habían posado sobre el cadáver del rey, ni que otras manos habían manipulado sus restos (ver imágenes junto a estas líneas). De hecho, no fue hasta fechas recientes que salió a la luz un curioso manuscrito sobre Enrique IV que hablaba de forma clara y directa sobre el primer hallazgo del cuerpo del rey. Este volumen fue redactado a mediados del siglo XVII por el monje jerónimo fray Jerónimo de la Cruz, quien no solo recopiló y resumió lo dicho en crónicas previas que trataban la vida del rey, sino que incorporó a la narrativa documentos contemporáneos a los que había tenido acceso. Uno de los capítulos del manuscrito se basa precisamente en uno de estos documentos: la carta que el autor recibió de un monje que habitaba en el monasterio de Guadalupe llamado fray Jerónimo de Castelar, quien había estado presente durante la primera exhumación de Enrique IV en 1617.

La narración de Castelar cuenta que, mientras se estaban haciendo unas obras de remodelación de la capilla mayor de Guadalupe bajo la dirección de Juan Gómez de Mora, apareció un nicho en la pared del lado de la epístola donde hallaron el cuerpo del rey. Los restos mortales de Enrique IV estaban envueltos “en un paño de brocado verde” y sus pies calzaban “botas enteras” y “espuelas doradas”, y de su cintura colgaba “su espada”, piezas que se conservaban tan bien que parecía “como si no hubiera hecho más que ponerse aquel mismo instante”. Pero no solamente la indumentaria y objetos del monarca estaban en buen estado, “el cuerpo estaba entero y muy tratable”, lo que contrastaba sobremanera con los restos de su madre María de Aragón, que, por esas fechas, se nos dice que no eran más que “ceniza y polvos”. Los monjes y pobladores de Guadalupe decidieron entonces adecentar los nichos funerarios de ambos monarcas y, mientras realizaban las obras, el



Los **RESTOS ÓSEOS** del rey reposan junto a los de su madre, la reina María de Aragón, en el monasterio de Guadalupe (Cáceres).

cadáver de Enrique IV fue custodiado en la cercana capilla de Santa Catalina, donde “tratábanle como si estuviera vivo” porque su cuerpo parecía fresco e, incluso, “quitábanle y poníanle las botas”. Una vez que el adecentamiento de los sepulcros de los reyes estuvo



PORTADA de la crónica de fray Jerónimo de la Cruz, obra que recoge una primera exhumación del cadáver en 1617.

listo, los cuerpos fueron puestos en unos ataúdes de madera y devueltos a su espacio designado en la capilla mayor, donde permanecieron hasta que Gregorio Marañón y su equipo los redescubrieron 329 años después.

LA INCORRUPTIBILIDAD DE LA CARNE.

El hallazgo del cuerpo de Enrique IV aún intacto 142 años después de su muerte llevó a que fray Jerónimo de la Cruz considerara el hecho una “cosa de gran maravilla” e, incluso, un “milagro grande” que, en su opinión, demostraba que el rey había “vivido toda su vida como católico cristiano” y, consiguientemente, había recibido como premio la “incorruptibilidad en testimonio de la gloria que goza su alma en el cielo”. En otras palabras, el monje jerónimo venía a decir que la incorruptibilidad de la carne era una muestra física de la vida perfecta y del agraciado estado que había alcanzado el alma del rey tras su muerte. De hecho, fray Jerónimo no dudó en comparar el caso de Enrique IV con el de otros famosos cuerpos incorruptos que él mismo había contemplado con sus ojos: el de fray Diego de Alcalá (canonizado en 1558) y el del patrono madrileño san Isidro (canonizado en 1622).

Resulta cuando menos curioso que exactamente el mismo año en que se hallaron los restos de Enrique IV apareciesen en otro cenobio los restos mortales prácticamente intactos de su esposa, la reina Juana de Avis, una de las mujeres más vilipendiadas por la historia y más interesante por su apasionado interés por la educación y la moda. Según nos relata el historiador barroco Jerónimo de Quintana, el sepulcro de la reina ocupaba la capilla mayor del convento de San Francisco en la ciudad de Madrid, pero en 1617 se quiso mover para situar en su lugar la tumba de un noble cortesano que había logrado convencer a la comunidad del convento. Pero los planes de este aristócrata no pudieron cumplirse porque “cuando se descubrió el cuerpo” de la reina se vio que aún “estaba con cabellos”, un espectacular

hecho que, en opinión de Quintana, podía deberse a que una cinta bendecida por “alguna imagen de Nuestra Señora” ceñía su cabeza y bastaba para “preservarla de corrupción”. Desgraciadamente, ni el cuerpo ni el sepulcro de Juana de Avis han llegado hasta nuestros días, pues el convento de San Francisco fue demolido en 1760 para construir sobre el solar un edificio más suntuoso que hoy aún sobrevive y conocemos como San Francisco el Grande (imagen junto a estas líneas), perdiéndose durante las obras cualquier rastro de su paradero.

LOS OBJETOS DESAPARECIDOS. Son varias las crónicas medievales que denigran a Enrique IV, retratándole como un personaje poco agraciado y enemigo de los lujos de la corte, y que no puso ningún interés durante su vida en pensar sobre su imagen postrera. El hecho de que pidiera ser

las espuelas doradas y la espada. Es por ello que llama particularmente la atención que, cuando se volvió a descubrir el cuerpo en 1947, ni Gregorio Marañón ni Gómez Moreno mencionaran la presencia de estas piezas, siendo por tanto muy probable que la comunidad de Guadalupe las hubiese

EL HALLAZGO DEL CUERPO DE ENRIQUE IV AÚN INTACTO 142 AÑOS DESPUÉS DE SU MUERTE LLEVÓ A QUE FRAY JERÓNIMO DE LA CRUZ CONSIDERARA EL HECHO UN “MILAGRO GRANDE”

enterrado en Guadalupe, sin embargo, revela una clara conciencia: Enrique IV quería ser enterrado junto a su madre en el cenobio castellano más famoso y rico del momento, un lugar conocido por su imagen de la Virgen capaz de obrar fantásticos milagros y codiciado como lugar de enterramiento. El relato del hallazgo del cuerpo del soberano en 1617 también desmiente estas habladurías, pues nos indica que el rey fue enterrado con telas y ropas lujosas, así como con objetos de su tesoro, entre los que se contaban por lo menos

sacado del ataúd para incorporarlas a su colección a modo de cuasi reliquias. Nada se volvió a saber de estos objetos desde entonces, pero no parece descabellado pensar que podrían algún día hallarse entre las piezas que la comunidad aún atesora. Esto, de todos modos, no significa que el monasterio de Guadalupe no exhiba hoy ob-



RETABLO BORDADO regalado por Enrique IV al monasterio de Guadalupe que, como han revelado recientes investigaciones, fue transformado en frontal de altar.

jetos ligados a la figura de Enrique IV y, de hecho, quien se acerque a la puebla extremeña podrá contemplar una suntuosa cruz donada por el monarca, así como los restos de un imponente retablo bordado que, tras ser regalado por Enrique IV al cenobio, fue transformado en frontal de altar, tal y como han demostrado las recientes investigaciones del Dr. Fuentes Ortiz (imagen inferior). Y, por último, quien se detenga un instante entre las capas y ternos preservados en el Museo de Bordados de Guadalupe, hallará unos pequeños retales que fueron recortados de los tejidos que vestían el cuerpo del monarca cuando se exhumó temporalmente y por última vez en 1959. A pesar de su pequeño tamaño, estos fragmentos son una excelente muestra del lujo y la riqueza que rodearon a un rey que, aunque “desgraciado en sus historiadores”, nos ha dejado obras de inconmensurable belleza, como las salas del alcázar de Segovia, el convento de San Antonio el Real y el monasterio del Parral. ■



El convento de San Francisco, en Madrid, donde se conservaba el cuerpo y el sepulcro de la reina Juana de Avis, esposa de Enrique IV, fue demolido en 1760 para construir sobre su solar la basílica de **SAN FRANCISCO EL GRANDE**.

LA IMAGEN DEL REY

EL HALLAZGO DE UN RETRATO INÉDITO

BAJO EL REINADO DE ENRIQUE IV, LA MINIATURA SE CONVIRTIÓ EN UNA HERRAMIENTA DE TRANSMISIÓN DE PODER, TANTO EN LOS DOCUMENTOS DE LA CANCELLERÍA REGIA COMO EN LOS CÓDICES DE SU *SCRIPTORIUM*. UNO DE ELLOS, GUARDADO DURANTE CINCO SIGLOS EN EL MONASTERIO DE SAN ANTONIO EL REAL DE SEGOVIA, CONSERVA UN RETRATO INÉDITO DEL MONARCA, DESVELA **PILAR FERNÁNDEZ VINUESA**

DOSSIER

Entre las muchas riquezas que atesora el monasterio de San Antonio el Real de Segovia, emblema arquitectónico del Siglo de Oro de la ciudad desconcertantemente desconocido todavía, se cuenta una colección de cantorales de los siglos XV, XVI, XVII y XVIII. Uno de ellos, que hemos bautizado como el *Cantoral del rey*, conserva un impactante retrato inédito del monarca más vilipendiado de nuestra historia: Enrique IV de Trastámara (1425-1474), gran amante de las artes y, particularmente, de la música y los bellos códices miniados.

Teniendo en cuenta que los grandes libros de facistol, que sustituyen a los manuales de atril, surgen en los reinos

hispánicos en la segunda mitad del siglo XV, debemos reseñar que nos encontramos ante uno de los primeros cantorales reales. Prácticamente ignorado a los ojos de especialistas e historiadores del arte, este cantoral ha pervivido durante

En este punto señalamos la importancia de la pervivencia del *Cantoral del rey* en su lugar de origen, donde fue celosamente escrito, puntado e iluminado, siendo la tónica general, relativa a las producciones monacales, el encontrarse lejos de sus centros de producción.



CLAUSTRO del monasterio de San Antonio el Real de Segovia, la edificación favorita del rey Enrique IV, elegida como su última morada.

MECENAS ARTÍSTICO. Enrique IV, nacido en Valladolid en 1425, hijo de Juan II de Castilla y de María de Aragón, medio hermano paterno de Isabel la Católica y padre de la desgraciada Juana la Beltraneja, ha sido, sin temor a equivocarnos, el monarca más despiadadamente tratado de la historia. A lo largo de su reinado

más de cinco siglos dentro de los muros del monasterio de San Antonio el Real, la edificación favorita del rey, elegida como su última morada, en cuyo *scriptorium* debió nacer con el favor de su mecenas, el rey Enrique.

se gestaron las bases del Estado moderno, y los veinte años de su monarquía fueron fundamentales en la historia de España. Durante los diez primeros, su autoridad fue firme y acatada, mientras que los



PILAR FERNÁNDEZ VINUESA.
HISTORIADORA DEL ARTE.

diez restantes supusieron la postración total y absoluta de la realeza.

Su gran labor como mecenas artístico estuvo siempre vinculada, de manera imprescindible, a la necesidad de transmitir y perpetuar a través de ella su poder y prestigio real.

El imperativo de legitimación de su persona será el principal condicionante de los modelos sigilográficos y numismáticos durante todo su reinado. En algunos de estos sellos y monedas podemos encontrar la mayor parte de las representaciones del rey con cierto grado de verismo, mostrando los rasgos propios de un hombre enfermo y deforme, que hoy sabemos padecía el síndrome de McCune-Albright, descrito en 1937. Al margen de estas representaciones, el único retrato fisionómico no idealizado hasta el descubrimiento de nuestro cantoral era el sobradamente conocido retrato de Stuttgart (ver página 61), que salió a la luz al publicarse en la edición de 1852 de la *Historia* del padre Juan de Mariana.

Bajo el reinado de Enrique IV, también la miniatura se convirtió en una herramienta de transmisión de poder, formando parte tanto de los documen-

ENRIQUE IV APARECE POSTRADO, ATAVIADO CON AMPULOSA VESTIMENTA MUDÉJAR, COMO ELEMENTO DIFERENCIADOR DE SU PERSONA Y SU ACENTUADO GUSTO POR TODO LO ISLÁMICO

tos de la Cancillería Regia como de los códices de su *scriptorium*, uno de los cuales ha guardado celosamente durante más de quinientos años el retrato que vamos a analizar.

UNA IMAGEN DE APERTURA. Este impactante retrato de Enrique IV forma parte de una miniatura de apertura cuya finalidad es la representación del



El retrato descubierto en el **CANTORAL DEL REY** representa a Enrique IV en calidad de mecenas de la obra, exhibiendo sus funciones como monarca.

rey en calidad de mecenas de la obra y la exhibición de sus funciones y capacidades como monarca.

La imagen de Enrique IV en el cantoral encarna, además de la idea de sabiduría, su faceta más piadosa, arro-

dillado orante frente al sabio san Antonio de Padua, que le bendice.

El monarca dona el cantoral del que es mecenas al monasterio de San Antonio el Real, que aparece simbólicamente personificado en el santo titular, el santo lisboeta, por el que el rey sentía una profunda devoción, mientras el santo, de pie, tocado con nimbo y ataviado con el

hábito franciscano y alcorques, le bendice.

UNA NOVEDOSA IMAGEN DE PIEDAD. La importancia de nuestra miniatura queda incrementada al tratarse de un modelo iconográfico de piedad, el menos representado dentro de las imágenes artísticas de la dinastía Trastámara. El monarca, arrodillado, con las manos juntas en señal de oración, sumiso y con gesto piadoso, viste traje rozagante y corona, y porta además la espada, como refrenda del valor ceremonial de la escena, plasmada quizá en la capilla del alcázar o tal vez en su palacio de San Martín.

Enrique IV aparece devotamente postrado, ataviado con una ampulosa vestidura mudéjar, como a él le placía, más que como exponente de ostentación, caso de otros muchos monarcas, como elemento diferenciador de su persona y de su acentuado gusto por todo lo islámico. Sobre la camisa blanca, el rey viste un jubón negro de collar

alto, probablemente de raso o damasco, a juego con la guarnición del tahalí y la vaina de su espada “de traer delante”. Encima, dos prendas andalusíes, anchas y talares, una túnica azul índigo y, sobre ella, otra sin mangas de seda amarilla, simulando tal vez el oropel. Completan el atuendo arabizante los borceguíes de cuero anaranjado y el turbante, sobre el que el

artista coloca la corona real. Queda configurada una imagen que constata una acción de gracias del monarca ante el santo, como emisario divino, que sirve de trasfondo propagandístico de sus virtudes como rey sabio, culto, amante de las artes y mecenas del cantoral.

Muchas son las representaciones, se podría decir de aparato —ma- ➤➤➤

» yestáticas, ecuestres o de efigie coronada—, que jalonan el reinado de Enrique IV, muchas más que en cualquiera de los periodos de sus predecesores.

En la obra que estudiamos, la corona, la espada, el traje rozagante, que en la época se empleaba para significar al rey en actitud solemne, y la postura ceremoniosa, configuran también una iconografía de poder en la que el símbolo de potestad por excelencia de la realeza cristiana, la corona, se eleva sobre su equivalente en el mundo islámico: el turbante. Ambas culturas comparten la espada como emblema autoritario, pero, en este caso, el arriaz nos rebela una espada cristiana, la del rey defensor de sus dominios. La simbología de la imagen del rey resulta clarificadora de sus deseos de triunfo para acabar con el invasor y disipar las dudas sobre su filoislamismo.



Detalle de san Antonio de Padua sujetando el *Cantoral del Rey* (izquierda) y de la novedosa imagen de piedad y de poder de Enrique IV (derecha). El monarca sentía profunda devoción por el santo lisboeta, que aparece representado de pie, tocado con nimbo, ataviado con HÁBITO FRANCISCANO y bendiciendo al rey, que viste un TURBANTE sobre el que se asienta la corona.

propagandística y de pervivencia de su imagen. No se trata del primer retrato fisionómico medieval, pero sí el único conocido de la dinastía Trastámara.

A pesar de ser un dibujo a mina de plomo, carente de modelado por estar inacabado, presenta exactamente los mismos rasgos que el retrato de

Esta miniatura no es solo una imagen de apertura, de piedad y de poder. Interesa que quede patente el rostro del rey, evitar que se olvide su persona, sus hazañas y sus triunfos personales. Quiere dejar constancia de su imagen como rey piadoso, amante de la cultura mudéjar y benevolente con los vencidos, pero capaz de someter al islam con la bendición sagrada, para acallar a la nobleza y recuperar “el honor del conquistador”, y con él, el de la figura monárquica encarnada en su persona.

En virtud de las coincidencias estilísticas, compositivas y formales, creemos estar ante una nueva obra perteneciente al círculo de Juan de Carrión, documentado en Segovia entre 1442 y 1479, y el parangón estilístico establecido con los cantorales de Ávila del miniaturista, datados entre 1470 y 1472, nos aproxima a ese momento. Asimismo, una serie de detalles en la indumentaria, como el collar alto del jubón real

LA MINIATURA DE ENRIQUE IV DESCUBIERTA EN EL *CANTORAL* NO ES EL PRIMER RETRATO FISIONÓMICO MEDIEVAL, PERO SÍ EL ÚNICO CONOCIDO DE LA DINASTÍA TRASTÁMARA

El canon del monarca, mayor que el del santo, si consideramos que aquel está arrodillado, traduce la conocida corpulencia de su anatomía, pero sobre todo resulta un recurso más en pro del simbolismo de su poder.

UNA ICONOGRAFÍA INÉDITA. En la iconografía de la dinastía Trastámara no se puede hablar de retratística fisionómica, prevaleciendo el concepto de retrato simbólico, prácticamente invariable a lo largo de más de cien años.

El retrato del *Cantoral del rey* cambia la consideración del panorama retratístico en el reinado de Enrique IV, dado que se trata del primer retrato fisionómico comisionado por el rey a sus propios artistas, con una intencionalidad

Stuttgart, coincidentes ambos con las descripciones de los cronistas: cabeza grande, mentón y mandíbula poderosos, labios poco remarcados, nariz aplastada y deforme, órbitas oculares hundidas, grandes ojos oscuros de mirada fija y ceño fruncido. Rasgos que definen una personalidad tímida, desgana, perezosa y triste.

o los alcorques del santo, retrasan la cronología hasta los años setenta, últimos en la vida del monarca. Precisamente encontramos en el inesperado deceso del rey, acaecido en 1474, la única explicación razonable al hecho de que no se concluyera el cantoral, sobre todo, el folio 1r, que es precisamente la carta de presentación y validación de la obra.

La nueva efigie fisionómica de Enrique IV representada en el *Cantoral del rey* pone de manifiesto los deseos expresos del monarca por perpetuar su imagen real y su poder desde su individualidad, presupuesto que viene a revolucionar el concepto de la retratística simbólica medieval y sirve de preámbulo al retrato renacentista. ■



El complejo monástico de San Antonio el Real tiene su origen en 1454, cuando el rey Enrique IV mandó construir en su finca El Campillo una **CASA DE RECREO**.

LA BELTRANEJA Y SU CONVULSA ÉPOCA

LA LUCHA DE JUANA CONTRA ISABEL POR EL TRONO

NADA MÁS NACER SU HIJA, ENRIQUE IV PROCLAMÓ POR TODO LO ALTO QUE JUANA ERA HIJA NATURAL SUYA. PERO LOS RUMORES CALUMNIOSOS PRONTO SUGIRIERON QUE LA BELTRANEJA HABÍA NACIDO DEL VIENTRE DE LA REINA, SÍ, PERO INSEMINADA POR SU VALIDO BELTRÁN DE LA CUEVA, A QUIEN EL REY COLMÓ SOSPECHOSAMENTE DE FAVORES TRAS EL NACIMIENTO DE LA NIÑA.

JOSÉ ÁNGEL MAÑAS RECONSTRUYE EL AMBIENTE CORTESANO EN EL QUE CRECIÓ Y SU ENFRENTAMIENTO CON SU TÍA ISABEL POR LA CORONA DE CASTILLA

La lista es larga. Alfonso el Casto, Sancho el Craso, Enrique el Impotente, Pedro el Cruel, Carlos el Hechizado, Luis el Breve, Fernando el Felón. Y entre las mujeres: Urraca la Temeraria y las dos Juanas, la Beltraneja y la Loca. La historia española está llena de reyes y reinas con sobrenombres poco halagüeños y alguno, irónico. Alfonso el Casto tenía toda la pinta de ser gay. Y queda por ver que a Alfonso el Sabio no le estuvieran echando en cara que no se preocupara lo suficiente por los asuntos de la guerra.

En cuanto al personaje que nos concierne, la Beltraneja, recibió ese

sobrenombre de sus enemigos, por considerarla hija de don Beltrán de la Cueva, uno de los validos de su padre,



Miniatura de **JUANA** como reina consorte de Portugal, en el manuscrito *Genealogia dos Reis de Portugal*.

Enrique IV de Castilla, apodado a su vez el Impotente por los problemas que tuvo desde la misma noche de bodas con su primera esposa, Blanca

de Navarra. Digamos que no habiendo consumado el acto –y en la época había allí testigos encargados de husmear en los restos de sangre de las sábanas– y, al parecer, habiendo desatendido alegremente sus deberes conyugales en los años sucesivos. No es de extrañar, por tanto, que, según el cronista Alonso de Palencia, empezasen a circular por la corte “atrevidos cantares y coplas de palaciegos ridiculizando la frustrada consumación del matrimonio y aludiendo a la mayor facilidad que don Enrique encontraba en sus impúdicas relaciones con sus ‘cómplices’”.

Y no sorprende que, tras la anulación del matrimonio, Enrique IV decidiese, con su segunda esposa, la mucho más sexy Juana de Portugal, prescindir de testigos. Aunque tampoco parece que Enrique funcionase mejor ➡➡



JOSÉ ÁNGEL MAÑAS
ESCRITOR.

» a solas que con público, y de ahí el sobrenombre.

Cabe añadir que la actividad homosexual del rey castellano fue siempre muy comentada. El propio Gregorio Marañón, cuando bien entrado el siglo XX aparecieron en Guadalupe los restos mortales de Enrique debajo del sepulcro de su madre doña María de Castilla, en su famoso *Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo*, escribió que todos los historiadores estaban de acuerdo “en que en estos años de la mocedad se entregó el príncipe a abusos y deleites de los que hizo hábito”, y que Enrique “fue en su juventud un varón activísimo”, eso sí, “de tendencia eunucoide (*sic*)”, con un miembro “delgado en la raíz y grueso en la extremidad, por lo que no podía entrar en erección”, y un sentimiento de inferioridad “suscitado por las deformidades físicas” —un cabezón anormal—, quien buscaba con predilección “el trato con gente villana, hombres montaraces y moros”, y quien se dejó atraer, insiste, por algún que otro joven que se vio elevado al regio favor “sin más mérito que su belleza”.

A modo de botón de muestra, Marañón relata que una vez que Enrique IV pernoctaba fuera de palacio y sufrió un ataque imprevisto, al ser avisado a tiempo, huyó en camisa mientras los soldados enemigos capturaban a un tipo al que tomaron por él por hallarse “casualmente” en su cama. Y que paseaba por bosques cercados y preparados para su diversión con hombres de mal vivir en una suerte de *cruising* gay de la época —si me permitís la analogía—, a lo que se añadía su afición a esos “moros” de su guardia que, *dixit* las crónicas, “corrompían mancebos y doncellas”. Hoy igual seríamos más comprensivos con algunas de estas cuestiones.

NACIMIENTO. En todo caso, una de las principales obligaciones del rey era procrear y, nada más nacer su hija, Enrique IV proclamó por todo lo alto que Juana



JUANA DE PORTUGAL, segunda esposa de Enrique IV, tras su matrimonio con Blanca de Navarra, y madre de Juana.

na era hija natural suya. Pero los rumores calumniosos pronto sugirieron que la Beltraneja había nacido del vientre de la reina, sí, pero inseminada por Beltrán de la Cueva, a quien el rey colmó sospechosamente de favores tras el nacimiento de la niña. Se decían también muchas cosas de

la reina Juana, cuyos hábitos no ayudaron a la causa de su hija.

Como escribió el susodicho Alonso de Palencia, intelectual no demasiado afín a Enrique IV: “El rey hubiera deseado que otro cualquiera atentase al honor conyugal para conseguir, a ser posible, por su instigación y con su consentimiento, ajena prole que le asegurase la sucesión al trono”. Eso lo había intentado Enrique con Blanca y lo repitió con Juana, quien en un principio “se resistió a condescender con los ilícitos tratos que la proponía”, pero a los que la portuguesa, igual por ser muy joven, se acabó prestando.

La circunstancia ha dado pie a un considerable número de leyendas y de novelas históricas. Hasta el punto de que la de Enrique es, seguramente, una de las figuras más tristes de la historia de España. Quizá solo le supere, en patetismo, Carlos II el Hechizado, cuyos problemas genitales, ellos sí que nunca tuvieron solución.

AMBIENTE CORTESANO MALSANO. La pobre Juana hubo pues de crecer en ese ambiente cortesano malsano,

en medio del panorama de enfrentamientos incesantes entre banderías nobiliarias que rodeó a Enrique y que marcó el clima social del siglo XV. Dueña de señoríos obsoletos que no dejaban de devaluarse, amenazada por un campesinado que encontró en los contratos a perpetuidad una práctica propiedad de hecho de las tierras, y por una burguesía que no paraba de crecer, la reacción de la nobleza hispana fue imponer por ley el mayorazgo, diversificar sus fuentes de ingresos y expulsar, en lo posible, al campesinado revoltoso. Ese fue el siglo del que había de nacer la Castilla de los futuros Reyes Católicos. El siglo de la anarquía nobiliaria, y el siglo también en el que, según afirmó un vecino de Betanzos en una declaración de 1467, en pleno levantamiento de los irmandiños, “los gorriónes corrían tras los halcones” (ver *La Aventura de*



PRIVILEGIO RODADO DE ENRIQUE IV firmado en Valladolid el 9 de septiembre de 1458 e ilustrado con un retrato del rey.



Hasta la firma del Tratado de los Toros de Guisando, el **MARQUÉS DE SANTILLANA** (izquierda) custodió a Juana en **BUITRAGO DE LOZOYA** (derecha).

la *Historia*, núm. 312). No había solo halcones en el mundo.

Siendo Juana muy niña, sucedió que uno de los bandos nobiliarios que presionaban permanentemente al monarca desafió ya de manera directa su autoridad entronizando a su hermano Alfonso el Inocente, hermano igualmente de Isabel y tío de la Beltraneja, él también de

*¿A dónde los buenos reyes?
¿dónde los buenos perlados?
¿Dónde están las buenas leyes,
dó castigan los pecados?*

Entre 1465 y 1468 se mantuvo esa corte paralela abulense hasta que, contando la Beltraneja seis años, Alfonso murió de peste bubónica, e Isabel pactó volver a la obediencia de Enrique. Pero solo tras el compromiso firme

ENTRE 1465 Y 1468, TRAS LA FARSA DE ÁVILA, SE MANTUVO LA CORTE PARALELA ABULENSE, HASTA QUE ALFONSO MURIÓ DE PESTE E ISABEL PACTÓ VOLVER A LA OBEDIENCIA DE ENRIQUE

cortísima edad. En la llamada Farsa de Ávila, tras la misa celebrada por el arzobispo de Toledo, un familiar del conde de Plasencia derribó al muñeco que representaba a Enrique IV, y exclamó: “¡A tierra, puto!”.

De esta época dan cuenta las *Coplas* celeberrimas de Jorge Manrique. Pero también las menos conocidas *Coplas al mundo, en el tiempo del rey don Enrique*, del poeta Hernán Mejía, que comparten la misma atmósfera de pesimismo histórico:

*¿Dó los reinos bien regidos,
dó los buenos regidores?
¿A dó los sabios sabidos,
a dó los buenos señores?*

de su hermano mayor, recogido en el Tratado de los Toros de Guisando, de reconocerla heredera: “Por cuanto en todos estos regnos e señoríos es público y manifiesto que la reina doña Juana de un año a esta parte non ha usado limpiamente de su persona (...), e asimismo el dicho señor rey está informado que non fue nin está legítimamente casado con ella”.

Quedó pactado igualmente que Enrique pediría el divorcio y que la reina saldría de Castilla, aunque sin poder llevarse consigo a su hija, la niña Juana, de siete años, que quedó de esta manera desheredada. Y las protestas de la consorte licen-

cia no sirvieron, en un primer momento, para nada.

REHÉN. Hasta ese día, Juana había sido custodiada nada menos que por el marqués de Santillana en Buitrago, como rehén precioso, junto a su madre, que para afejar más las cosas estaba embarazada en el momento del tratado, y luego tuvo un hijo adulterino de su amante, el sobrino del arzobispo, Pedro de Castilla, biznieto de Pedro el Cruel por línea bastarda. Eso nunca ayudó a la Beltraneja, ya dijimos. Y pronto pasarían ambas a manos de Juan Pacheco, favorito de Enrique IV, en el alcázar de Madrid.

Es difícil imaginar cómo debió de vivir todo aquello la joven Juana. Como única hija de Enrique, su valor de mercado todavía era grande. Y al matrimonio de Isabel con Fernando en Valladolid en 1469 –fraguado a espaldas de Enrique, quien presionaba al máximo para que Isabel se casara con el rey de Portugal– contestó el Impotente, muy enemigo del partido aragonés, acordando los esponsales de Juana con el duque de Guyena y, en ausencia de hijos varones de su hermano el rey de Francia, ➡➡



Como respuesta al MATRIMONIO DE ISABEL CON FERNANDO en Valladolid en 1469, Enrique IV acordó en 1470 en Medina del Campo los esponsales de Juana con el duque de Guyena de Francia, gran enemiga de Aragón.

➤ heredero del trono. El acuerdo, que se firmó en Medina del Campo en 1470, cuando Juana aún no había cumplido los nueve años, puso de hecho a Castilla en la órbita de Francia, gran enemiga de los aragoneses.

UNA ARISTOCRACIA EN CRISIS.

Con todo, hasta esa fecha, en realidad no había nada que no fuera habitual en esos tiempos agitados de la Baja Edad Media. La Farsa de Ávila y las respuestas nobiliarias a las sublevaciones populares —en Burgos, Salamanca, Toledo, Córdoba, Carmona, Trujillo, Sevilla y Medina del Campo, Alcaraz, Agreda, Sepúlveda, Andalucía, Tordesillas, según enumera Asunción Esteban Recio en *Las ciudades castellanas en tiempos de Enrique IV*, pero también en la Galicia de los irmandiños— fueron los últimos coletazos de una aristocracia en crisis antes de que, muerto ya Enrique IV, Isabel y Fernando recondujeran la situación, desmochando las fortalezas de los Grandes y sometiendo a su autoridad.

Pero para esto Isabel tuvo primero que superar un gran escollo: su sobrina Juana. Influenciado por el valido Juan Pacheco y, desde luego, por los embajadores de Francia, el ve-

leidoso Enrique revocó lo pactado en los Toros de Guisando para jurar muy solemnemente en una ceremonia en la Val de Lozoya que Juana era su hija legítima y la única heredera.

“Hago juramento a Dios y a Santa María y a la señal de la Cruz que con

pendía enteramente del apoyo político de los portugueses y buscó casarla con el viudo Alfonso V de Portugal.

La maniobra no llegó a cuajar, porque Enrique murió en Madrid en 1474. En su breve novela *La Beltraneja, el secreto oscuro de Isabel*, Almudena Arteaga imagina a Isabel poniendo el espejo delante de la boca de su hermano moribundo y sintiéndose muy decepcionada al notar que todavía respira. La autora lo retrata agonizando en los brazos amorosos de su hija, que bien pudo haber pasado así, nunca lo sabremos.

Lo que está meridianamente claro es que el testamento que dejó Enrique IV desapareció, y que los partidarios de Isabel sostuvieron que el rey había muerto sin testar, cosa que les convenía. Hoy es notorio que cierto clérigo huyó con el documento a Portugal, y que cuando Isabel pudo localizarlo, antes de su muerte, hizo que lo trajeran a la corte y, según parece, ya habiendo fallecido Isabel la Católica, Fernando lo mandó quemar. Todo muy novelesco.

Resulta innegable, en cualquier caso, que el advenimiento de su tía Isabel fue la mayor desgracia de nuestra Beltraneja. Y no porque Juana

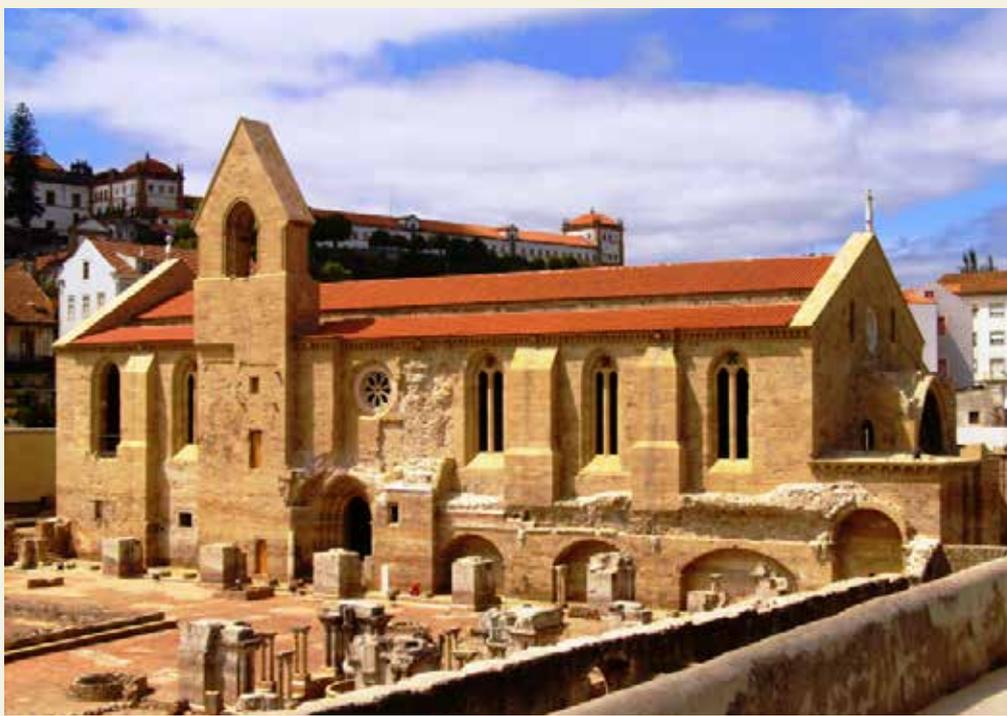


Tras la muerte del duque de Guyena en 1472, Enrique IV buscó casar a su hija Juana con el viudo ALFONSO V DE PORTUGAL.

adoleciese de falta de luces o voluntad –que, vista la tenacidad con la que resistió las presiones para casarla y la resiliencia que demostró en la derrota, para nada–, sino porque enfrente tuvo como rival a la mujer más hábil de toda la historia de España.

Juana podía ser inteligente, e igual hubiera podido ser una buena gobernante, pero le tocó enfrentarse a un genio de la política. Y así, pese a que Juana jugó bien sus cartas, buscando la protección de su tío Alfonso de Portugal, cuando todavía algunos nobles la apoyaban, Isabel la Católica jugó todavía mejor.

Y cuando la Católica ganó aquella virulenta guerra civil, siendo más consciente que nadie del peligro que suponía la Beltraneja para su legitimidad, se preocupó de encerrarla de por vida en el



Tras ganar la guerra civil castellana, Isabel la Católica se preocupó de encerrar de por vida a Juana la Beltraneja, a la que todavía apoyaban algunos nobles, en el CONVENTO DE SANTA CLARA DE COÍMBRA, en Portugal.

convento de Santa Clara de Coímbra, en Portugal. Y por si las moscas, se encargó de que sus propagandistas desprestigiaran –si es que se le podía desprestigiar más– a su hermano el Impotente, y a su única hija, que a partir de ese momento fue conocida ya universalmente como la Beltraneja.

LA PERSECUCIÓN FUE MINUCIOSA. TANTO QUE TODAVÍA EN EL SIGLO XIX Y HASTA EN EL XX, SABEMOS QUE HUBO DESTRUCCIÓN DE DOCUMENTOS QUE PROBABAN LA LEGITIMIDAD DE JUANA

La persecución, como suele ocurrir en estos casos, fue minuciosa y duró varios siglos. Tanto, que todavía en el siglo XIX y hasta en el XX, sabemos que hubo destrucción de documentos que probaban la legitimidad de Juana y, por consiguiente, la ilegitimidad de la reina más importante de toda la historia de España.

El resultado de esta lucha secular contra la causa y memoria de Juana es que quinientos años después todavía nos atrae el aura que rodea siempre a los perdedores, con esa fascinación

nostálgica que ejercen sobre nosotros las ucronías. ¿Y si Aníbal hubiese entrado en Roma cuando la tuvo al alcance de la mano? ¿Y si la Beltraneja hubiese llegado a reinar con el apoyo del rey portugués? ¿Y si gracias a ello se hubiera unido Castilla con Portugal y no con Aragón? ¿Y si llega, después de muerta Isabel, a aceptar la proposición de Fernando el Católico y se casa con él? Etcétera, etcétera. Esas son las incesantes consideraciones en que se pierde la imaginación de cualquier aficionado a la historia cada vez que nos topamos con un personaje como la Beltraneja. Estériles elucubraciones que exploran los infinitos mundos paralelos preñados de posibilidades, el abismo siempre oscuro de las historias abortadas.

Pero volvamos a la Beltraneja. Su única pervivencia en el mundo de hoy se debe al acervo popular y a que todavía en Castilla, cuando hay luchas de poder de por medio y alguien quiere quitar a otro, no es inhabitual

que se murmure: “Mira, ya acecha por aquí la Beltraneja”. Así es como el fantasma de la pobre Beltraneja reaparece, de cuando en cuando, y rara vez con connotaciones positivas.

Misericordias de ese pasado cuya sombra nos persigue y del que nunca podremos zafarnos

del todo, dado que como bien decía Faulkner, el problema con el pasado no es que no esté muerto, es que ni siquiera está pasado. Por mucho que nos guste mirar hacia el futuro, todos nacemos de lo que fuimos, y no hay manera de escapar de ello. ■



J. ALBAREDA Y N. SALLÉS (eds.), *La reconstrucción de la política internacional española. El reinado de Felipe V*, Madrid: Casa de Velázquez, 2021.

J. ALBAREDA, *La Guerra de Sucesión de España (1700 - 1714)*. Barcelona: Crítica, 2010.

M. A. ALONSO AGUILERA, *La Conquista y el dominio español de Cerdeña, 1717-1720: introducción a la política española en el Mediterráneo posterior a la Paz de Utrecht*. Valladolid, Universidad de Valladolid, 1977.

A. ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO, B. J. GARCÍA GARCÍA Y V. LEÓN SANZ, (coords.) *La pérdida de Europa. La Guerra de Sucesión por la Monarquía de España*. Madrid, Fundación Carlos de Amberes, 2007.